

El legado de Mons. Romero a los jóvenes hoy

Carlos López, S.J.

Los últimos días han estado muy llenos de emociones y actividades en torno a la memoria de Monseñor Romero. Esto se debe a que por estas fechas han confluído varias noticias y acontecimientos, desde el anuncio del decreto firmado por el Papa Francisco sobre la declaración de Romero como Mártir de la Iglesia el pasado 3 de febrero y el anuncio de la próxima beatificación, con la visita del postulador de la causa Mons. Vincenzo Paglia el 11 de marzo, quien dio a conocer que la ceremonia tendrá lugar el 23 de mayo en la plaza al Divino Salvador del Mundo. Esta noticia se dio en el contexto de la celebración del XXXV aniversario del Martirio, esta vez cargado de un sentido profundo y siempre nuevo.

Ante este cúmulo de actividades en las que participan muchas personas que conocieron a Romero y le recuerdan, también se encuentra el gran número de jóvenes que no le conocieron personalmente, que sin embargo se asocian a esta celebración y la viven de una manera intensa y particular.

Desde la UCA de El Salvador se organizaron diferentes actividades, que tenían como punto focal a estos jóvenes que van asumiendo en sus propias vidas el legado de Monseñor Romero. Para ellos el mensaje de Romero no es ajeno a la realidad que viven y es por lo que ven importante seguir rescatando su mensaje, su lucha y su modo de vivir, sabiendo que es posible construir una sociedad distinta.

El mensaje de Monseñor Romero, no es solamente un mensaje religioso y quizás sea lo que más atrae a los jóvenes, es más bien un mensaje que tiene un carácter social, político y

religioso al mismo tiempo. Hay en él la capacidad de vivir desde la fe el compromiso con la justicia.

Ante la mirada pesimista de muchos sectores, que ven a la juventud como indiferente ante la problemática social o incompetente para cambiarla, son muchos los movimientos juveniles que han querido asumir la “mística” de Romero y trabajar juntos por un país más humano y solidario.

En este sentido es importante conocer la opinión de algunos de los jóvenes que durante la “semana dedicada a Monseñor Romero” en la UCA, han participado y han hecho evidente que su memoria sigue viva y sigue invitando a otros a un compromiso radical. Este compromiso se hace nuevo y actual, cuando se escucha de la voz de las nuevas generaciones.

He consultado a lo largo de estos días a varios de los jóvenes que participaron en las diferentes actividades, preguntándoles ¿cuál es el legado que Monseñor Romero deja a los jóvenes hoy? A continuación expongo algunas de las respuestas y opiniones que ellos me dieron.

Miriam Monge, estudiante de la Licenciatura en Psicología y voluntaria de la Pastoral Universitaria nos dice: “para mí es importante, recordar a Monseñor Romero, porque ha sido una persona que a pesar del contexto donde estaba daba esperanza a las personas y era un símbolo de unión. Mi mamá me cuenta que personas sin importar la religión iban a escucharlo, no existían barreras o divisiones. Es como un claro ejemplo del mandamiento que a la mayoría nos cuesta cumplir: “Amar a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo”, y un ejemplo así no se encuentra a la vuelta de la esquina. Hay una canción que está dedicada a Romero que es la que a mí más me gusta, porque es como de los jóvenes a él. Se llama Papá Monseñor, que es como que un joven le dice que mucho ha escuchado hablar de él (cosas malas y buenas) pero que para él es un ejemplo de **“una llama encendida”** de todas nuestras tierras, y que el joven será un portador de su viva palabra **“tu sangre será la semilla de nuevos profetas”**. Esa canción como que describe muy bien lo que yo pienso y siento sobre Romero”

Al mismo tiempo Monseñor Romero constituye un testimonio de seguimiento, tal como afirma José Fernando Guzmán,

“Monseñor Romero un hombre fiel a Jesús y a su iglesia, comprometido con todos especialmente con el más humilde. Hombre de fe y justicia”.

Romero, al igual que Cristo, no tuvo miedo de hacer las denuncias necesarias en contra de estos grandes organismos poniendo su propia vida en riesgo. Solamente si somos capaces de entregar nuestras vidas por los otros, podremos asegurar realmente una mejor condición para nuestros hermanos desposeídos.

Violeta Chichique, estudiante de la carrera de Ingeniería Química de esta universidad nos dice que: “a pesar de los mezquinos intereses económicos y la violencia que quiso acabar para siempre con su vida, monseñor Romero sigue siendo luz, voz defensora de los que no tienen voz y camino para los salvadoreños y salvadoreñas. Su mensaje, que no pierde su sentido de actualidad y que pareciera pronunciarse desde el dolor de nuestros días, nos invita con mayor fuerza a ser partícipes de su “peligrosidad”: Seguir novedosamente a Jesús, encarnarnos en la historia, ver el rostro sufriente de los pobres, denunciar el mal estructural de la sociedad y renegar de las injusticias; exigir la paz, el amor y la humanidad; y sobre todo, nos exhorta a ser hombres y mujeres con espíritu para ir en contra del mal que carcome al mundo”.

Juan Pablo Vásquez, estudiante jesuita de filosofía nos comparte que es importante recordar a Romero “porque él hizo lo que todo cristiano en su lugar debe hacer... su coherencia marcó su vida y creo que es necesario rescatar las virtudes humanas en este tipo de santos; virtudes humanas que nosotros en el día a día vamos perdiendo”. Francisco Leiva, estudiante de Teología, nos dice que “Romero nos invita a ver a Cristo en todos. A mí me enseña una visión distinta del cristianismo” afirma.

En el marco de la semana dedicada a Monseñor Romero, tuvimos un conversatorio en la que participaron, Gabriel Orellana, estudiante de la carrera de las Ciencias Jurídicas de la UCA y Cesar Monterrosa de la carrera de Ingeniería Química. Ellos coincidían en el impacto que Monseñor Romero ha tenido en sus vidas, desde que lo conocieron, aunque no personalmente. Cada uno de manera particular, han sentido cómo Romero se ha convertido en su guía, motivándoles, a ser mejores profesionales y trabajar por el cambio social.

Ingrid Serrano, voluntaria de la Pastoral Universitaria nos dice que con Romero ella pudo “aprender a reconocer que existen hermanos (más allá del concepto de ser humano), con problemas incluso mayores a los propios; viviendo una vida más entregada y con la completa disposición de servir, sin quejarse. Asimismo, considero que su legado se concentra, no sólo en identificar a hermanos en necesidad, sino a cuestionarnos ¿Qué hago por ellos? ¿Me limito, solamente, a compadecerles y tenerles lástima?”

Esto nos hace referencia a las palabras mismas de Monseñor Romero cuando dice: “Hermanos, si de verdad lo somos, ¡hermanos!, trabajemos por construir un amor y una paz – pero no una paz y un amor superficiales, de sentimientos, de apariencias, un amor y una paz que tienen sus raíces profundas en la injusticia. Sin justicia no hay amor verdadero, sin justicia no hay la verdadera paz. He aquí, pues, si queremos seguir la vertiente del bien que nos hace solidarios con Cristo, tratemos de matar en el corazón los malos instintos que llevan a estas violencias y a estos crímenes y tratemos de sembrar en nuestro propio corazón y en el corazón de todos aquellos con quien compartimos la vida, el amor, la paz, pero una paz y un amor con la base de la justicia” (Homilía de Misa exequial por Raúl Molina Cañas 14 de Noviembre del 1977).

Paola Pimentel nos comparte que “en lo personal, uno de los mayores legados que Monseñor Romero dejó a los jóvenes y a todos los salvadoreños: es su mensaje de amor hacia el prójimo, presente en cada una de sus homilías, donde exhortaba a salir al encuentro del necesitado o como él lo llamó en alguna ocasión “salir al encuentro del pobre herido en el camino”, ese pueblo herido y sangrado por la injusticia, la guerra y la pobreza. Y estar siempre dispuestos a dar una mano amiga a los demás y colocar la caridad ante todo en nuestras acciones, como él nos enseñó por medio del mejor ejemplo que nos pudo dejar: su vida”.

Para los jóvenes Monseñor Romero es un ejemplo de lucha en la construcción de una sociedad nueva, tal y como afirma Mario Luna: “Mons. Romero nos invita a luchar por un mundo más justo, más humano y que él joven de hoy es el que debe seguir construyendo ese mundo desde su realidad concreta, desde lo que él

es. El joven debe innovar este sistema que es excluyente por uno más solidario con aquellos excluidos”.

“Monseñor nos motiva a que nosotros seamos diferentes y de cierta manera rebeldes al no seguir reproduciendo el mismo patrón de vida que nos impone la sociedad”, afirma Alexis Mancía.

Todos estos testimonios, nos suscitan seguramente el recuerdo de aquellas palabras proféticas de Romero: “si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño”. Los jóvenes son testigos de esta gran verdad, muchos de ellos le siguen haciendo presente en su vida, continúan su ejemplo de solidaridad con la sociedad, de servicio y de fiel seguimiento de Jesús. A través de Monseñor Romero, sabemos que seguir a Jesús no es una mera idea, sino la concreción de una forma de vida comprometida al servicio sobre todo de aquellos más desposeídos de la sociedad.

Los jóvenes que recuerdan a Romero, lo hacen sabiendo que su memoria les compromete a construir un mundo más humano, conocerle y seguirle significa hacer vida las palabras del P. Rutilio Grande: “Manteles largos, mesa común para todos, taburetes para todos. ¡Y Cristo en medio! Él, que no quitó la vida a nadie, sino que la ofreció por la más noble causa. Esto es lo que Él dijo: ¡Levanten la copa en el brindis del amor por mí! Recordando mi memoria, comprometiéndose en la construcción del Reino, que es la fraternidad de una mesa compartida”. (Homilía del P. Rutilio en Apopa, 1977)